

TIEMPO Y ESPACIO, Año 17 Vol. 20 / 2008, Pág. 98-110

ISSN 0716-9671

Depto. Ciencias Sociales
Escuela de Historia y Geografía
Universidad del Bío-Bío
Chillán - Chile

LA TEORÍA DE LAS GENERACIONES DE ORTEGA Y GASSET: UNA LECTURA DEL SIGLO XXI

The theory of generations in Ortega y Gasset: a reading from the 21st century.

Marco A. Martín H.¹
Magíster en Historia
Universidad de Concepción Chile
mmartin@udec.cl

Recibido: 09-12-2008 / Aceptado: 15- 01-2009

RESUMEN: En éste artículo se hace una lectura de la teoría de las generaciones del filósofo español, a la luz del desarrollo de los acontecimientos y cambios de paradigmas operados en la modernidad. Asimismo, se establecen rangos comparativos con otros pensadores que hablaron del mismo tema, para posteriormente realizar un análisis de la teoría orteguiana, a la luz de los hechos históricos en cuanto al aspecto generacional en la segunda mitad del siglo XX.

Palabras Clave: generación- vida humana-taxonomía-paradigma- estadios- *ethos*-usos- sensibilidad vital

ABSTRACT: This article interprets the generation's theory of the great Spanish philosopher, considering some developments and changes during modernity. It also establishes comparative ranges with others thinkers regarding the same subject. Finally, it analyses the orteguan theory, considering historical facts regarding the generational aspects through the second half of the 20th century.

Key WORDS: generation – human life – taxonomy – paradigm – phases – ethos – habits – vital sensibility

INTRODUCCIÓN

El tema de este artículo trata fundamentalmente de historiar y hacer un análisis del problema perenne de las generaciones. El pensador español estimó relevante dedicar un texto importante a su descripción, pues consideraba de una estimativa vital comprender los mecanismos que rigen el encuentro de dos generaciones en un mismo periodo temporal. Este ejercicio, lo consideraba de esencial importancia, pues cada segmento generacional tiene un deber moral de transmitir y legar los valores y usos a la generación sucesora. De aquí que, describir el proceso constituye una necesidad urgente, máxime aun, cuando el traspaso del acervo cultural en los tiempos impredecibles del siglo XXI, se han visto trastocados y descolocan a las sociedades complejas de hoy. El trabajo desarrollado en esta reflexión, de algún modo, quiere ser un aporte a la urgente necesidad de revisar los supuestos en los que se basamentó la cavilación orteguiana, pues como bien lo refiere el filósofo en sus escritos, la historia es un revenant y si olvidamos esa simple máxima el curso de los acontecimientos pueden devenir impredecibles.

La temática que vamos a exponer no está exenta de controversia, Ortega no fue el único pensador que propuso una teoría al respecto. Pero, como la investigación versa sobre el pensador español, aludiremos casi exclusivamente a plantear su punto de vista. Lo primero que hay que estipular es una definición de qué se entiende por generación, el Diccionario de Filosofía se explaya al respecto pero restringiendo considerablemente su definición que en lo medular afirma: (...) *“Una realidad primaria para entender el proceso histórico: la generación es entonces un complejo materia-espiritual anterior a los motivos de carácter ideal (como las ideologías).* (Ferrater 1999:1448)

¹ Licenciado en Educación, Pedagogo en Filosofía, Magíster en Historia Universidad de Concepción
Doctorando en Literatura Latinoamericana Universidad de Concepción

Las generaciones en tanto que una sucesión de individuos signados por un conjunto de intereses comunes en el tiempo, es primario para discurrir los procesos históricos, pues no hay historia posible si no hay generaciones que la sostengan con su vivencia. Y es una fusión material-espiritual, ya que toda manifestación antropológico-social comienza por el hombre, y sus correspondientes estructuras teoréticas son a posteriori. Como podemos apreciar, al hablar de generación no se está aludiendo a un aspecto biológico del término como querían Leopold von Ranke y la escuela positivista, sólo se lo está confinando a las ciencias sociales. En este contexto, sugeriremos otra definición que amplía la anterior y la vuelve más específica, pues hay una clara atribución a un campo del saber en particular, que de ser una hipótesis, pasa a establecer una teoría, que nos abre perspectivas interesantes sobre éste concepto tan poco abordado en las últimas décadas: (...) *“La teoría de las generaciones forma así una parte esencial de la historiología, que no es ni una filosofía constructiva de la historia ni una mera técnica historiográfica, La generación resulta, según ello, lo único sustantivo en la historia y lo que permite articularla en una continuidad que rompe los cuadros de toda clasificación formal.”* (Ferrater 1999:1448)

Para tal efecto, empezaremos por hacer una sucinta revisión de algunos autores anteriores a Ortega, que han trabajado el tema a fin de asentar un contraste que pueda iluminarnos. Es de suyo evidente que no se han incluido a todos los intelectuales que tocaron el tema, pues sería extender en demasía nuestro marco investigativo, sólo mencionamos algunos de los más relevantes, excluyendo a otros notables como Spengler, ya que la complejidad de su obra, es más que una simple teoría, es un megasistema complejo como el referido por Juan Bautista Vico.

A. Comte (1798-1857)

Como buen hijo de su tiempo, Augusto Comte es uno de los primeros en poner en el tapete de la discusión tan espinudo pero trascendental tema, máxime si su vida está fuertemente signada por filosofía de la modernidad, él dice: (...) *“Debo indicar, en segundo lugar, la duración de la vida humana como algo que influye quizá más profundamente sobre aquella velocidad que ningún otro elemento apreciable. En principio, no hay que ocultar que nuestro progreso social se apoya esencialmente en la muerte; es decir, que los sucesivos pasos de la humanidad suponen necesariamente la continua renovación, suficientemente rápida, de los agentes del movimiento general, que, poco perceptible habitualmente en el curso de cada vida individual, no se hace verdaderamente pronunciado sino al pasar de una generación a la que sigue. El organismo social está sometido a este respecto, y de un modo no menos imperioso a la misma condición fundamental que el organismo del individuo, donde, pasado un determinado tiempo, las diversas partes que lo constituyen, inevitablemente convertidas, a causa de los mismos fenómenos de la vida, en impropias para cooperar ya en su composición, deben ser gradualmente reemplazadas por nuevos elementos.”* (Marías 1961:pp. 33-34)

En otras palabras, Comte atribuye a la fugacidad de la vida una cualidad que impulsa al progreso, todo se corrompe rápidamente y de aquí que la sucesión de los actores sociales genera lo nuevo, en la medida que aportan elementos novedosos para construir la realidad. Es muy fácil poder extrapolar en este fragmento, la influencia de la filosofía de la ilustración. Él equipara a las generaciones con un organismo que nace y fenece con una periodicidad matemática, casi no avizora procesos que estén más allá del horizonte netamente biologicista. Quizás lo único que se puede rescatar, es la idea de sucesión en el decurso temporal, ya que no atiende a lo subjetivo ni individual, sólo refiere a un proceso de orden general.

John Stuart Mill (1806-1873)

Discípulo de Comte, sigue los pasos de su maestro con algunos matices, citamos: (...) *“La causa próxima – escribe Mill – de cada situación de la sociedad es la situación de la sociedad inmediatamente precedente. El problema fundamental, por tanto, de la ciencia social es encontrar*

las leyes según las cuales una situación de la sociedad produce la situación que la sucede y reemplaza. (Marías 1961:37)

Para S. Mill, la sociedad no deja de ser una serie de eventos sucesorios en el tiempo. Cada época es diferente y contribuye con una parte al acervo general del cuerpo social, según sea el periodo histórico en el cuál se desarrolló. No cree que partiendo de los principios naturales que asisten al hombre con sus particulares circunstancias, puedan determinar a-priori una ordenación en que evoluciona la vida, ni tampoco el decurso de los hechos hasta los tiempos presentes. Para él, encontrar las leyes que explican la sucesión de los hechos que ocurren a cada generación es lo esencial, es lo más importante. De éste modo, deja automáticamente fuera la inter-subjetividad en su campo semántico significativo para explicar el fenómeno.

Justin Dromel

Este pensador francés, escribió tres libros que quieren ser una dilucidación del tema en cuestión. La diferencia con sus antecesores radica en que más que ser una explicación general del fenómeno, recurre a hacer una taxonomía de las edades del sujeto individual. En su teoría se asiste de la estadística y le suma algunos elementos de las facetas políticas que ocurren en la sociedad: (...) *“Para estos efectos, el nacimiento se puede computar a los 21 años; la mayoría de edad, a los 25; una fase de progreso, de 25 a 40; la vida política se prolonga hasta los 70 años, pero la actividad cesa hacia los 65; de los 65 a los 70, los hombres sufren – y ésta es una aguda observación de Dromel – el influjo filial, y así como antes el hijo vivió de las ideas del padre, ahora éste vive de las ideas y ambiciones del hijo.”* (Marías 1961: 41)

Como se puede apreciar, el autor ha pasado de una explicación más general en relación a sus antecesores, y ha derivado a un análisis más personalizado, ya no es tan genérico como sus homólogos. Esto nos indica que hay una sensibilidad evolucionada en relación a sus pares. Sin embargo, la impronta decimonónica sigue estando ahí. Por más que sus representantes quieran escabullirse del espíritu de su época, no pueden rehuir el sello que los marca como hijos de su tiempo. Esto obedece a que durante todo el siglo XIX, se van a estrenar las más extravagantes teorías, como producto de un afán epocal, que se siente con las ansias por desentrañar todo el quehacer humano, no sólo en las ciencias humanas, sino en todo el orden del saber.

Antoine Cournot (1801-1877)

En este pensador Francés, se aprecia una idea que se aproxima más a las definiciones de Ortega, él introduce algunos elementos de análisis que se escaparon a la norma de corte más racionalista con tintes exclusivamente modernos. En un fragmento de una de sus obras dice: (...) *“Si se piensa que un siglo presenta aproximadamente, según la opinión de los más viejos autores, como según las observaciones modernas, tres generaciones viriles, puestas una a continuación de la otra, se comienza a entrever la posibilidad de una relación natural”* (Marías 1961:48)

Analizando este párrafo, confirmaremos que su autor no se aleja de la explicación más conservadora, pero aquí es donde radica un detalle interesante, afirma después: (...) *“Cada generación transmite por la educación un cierto fondo de ideas a la que la sigue inmediatamente, y mientras este acto de educación o de transmisión se verifica, la generación educadora está aún en presencia, sufre todavía la influencia de todos los supervivientes de una generación anterior, que no han cesado de tomar una parte notable en el gobierno de la sociedad, en el movimiento de las ideas y los negocios, y que también han perdido toda autoridad doméstica. La juventud que se inicia en el mundo conserva también, más de lo que su presunción la lleva a creer, la huella de las impresiones de la infancia, causada por la conversación de los viejos”* (Marías 1961:48)

De alguna manera, Cournot entrevé incipientemente algunos rasgos que estarán presentes en la futura exposición Orteguiana, ya que alude a un fondo de ideas común que se va transmitiendo de generación en generación.

Giuseppe Ferrari (1812-1876)

Al igual que otros pensadores de su época, también se ve fuertemente influenciado por el positivismo de su tiempo. Lector de Vico y Comte, su ideario va en dirección de la teoría política. En cuanto a su idea de las generaciones, sostiene que cada treinta años hay un cambio significativo en las ideas de los grupos sociales. Cada generación -dice- lucha por imponer sus convicciones, incoando una etapa revolucionaria que asentará las bases de un nuevo orden. No obstante, siempre hay una generación prístina que tiene por deber asentar las bases de un giro radical, lo que signará un periodo, que es un espacio de tiempo de más larga duración. Para sustentar su teoría afirma: (...) *“La primera generación de un periodo es precursora o preparatoria; la segunda, revolucionario o explosiva; la tercera, reaccionaria; la cuarta, por último, resolutive. Y, mientras las generaciones pueden oscilar entre veinte y cuarenta y cinco años, los periodos son muy regulares y solo oscilan entre ciento y ciento cincuenta.”*(Marías 1961:53)

Wilhelm Dilthey (1833-1911)

Este conspicuo intelectual alemán, es el primero que va a tantear por otro derrotero. Su análisis es más acabado, incluye más elementos. A pesar de que su obra fue casi ignorada por la academia tradicional alemana (hecho que no es gratuito, ya que los supuestos de su filosofía son antagónicos al idealismo germánico de moda), cuando es introducida en los cenáculos especulativos, coge enorme relevancia. Para él, los agentes que signan la cultura de una época son muchos e ilimitados. A fin de dilucidar ésta idea, analizamos algunos elementos de su discurso, en torno a los cuales gravita todo. Para ello estimamos pertinente seguir a Julián Marías en torno a las ideas del pensador alemán: (...) *“Las condiciones – agrega Dilthey- que influyen en la cultura intelectual de una generación son verdaderamente innumerables e ilimitadas. Permítasenos que las agrupemos en torno a dos factores. Aparece en primer lugar, en cierto modo, el patrimonio de la cultura intelectual con que ésta generación se encuentra, es la época en que comienza a formarse de un modo serio”* (Marías 1961:57)

Según la idea de Dilthey, esto significa que: *“cuando la generación se está formando se apodera del patrimonio espiritual acumulado y se esfuerza en remontarse sobre él, se halla ya bajo las influencias del segundo de los factores en torno a los cuales agrupamos aquellas condiciones: el de la vida circundante, el de las relaciones que forman la sociedad, el de los estados políticos y sociales, infinitamente diversos.”* (Marías 1961:58)

Como se puede apreciar, Dilthey recoge otros lineamientos para su análisis, no es tan taxativo, deja la puerta abierta para que entren los vientos de las infinitas manifestaciones de lo humano. Hace un estudio de la relevancia de un grupo notable de intelectuales aparecidos en Alemania bajo un mismo decenio como: A. Schlegel, Schleiermacher, Humboldt, Hegel, Novalis, F. Schlegel, Tieck, Fries, Holderling. Todos ellos son contemporáneos, pero su influjo social es disímil, no hay uniformidad en cuanto a sus aportes al mundo de la cultura.

De este modo, Dilthey llega a establecer algunas conclusiones con respecto a lo que es una generación, dice: “Un espacio de tiempo, una noción métrica interna de la vida humana. Este espacio de tiempo, va desde el nacimiento hasta aquel límite de edad en que por término medio se añade un nuevo anillo al árbol de la generación, y comprende, por tanto, unos treinta años” (Marías 1961:60) Tres décadas es un tiempo suficiente para que una generación pueda ser sustituida por otra, pero Dilthey no concluye acá, prosigue y postula que: “Generación es además una denominación para una relación de contemporaneidad de individuos; aquellos que en cierto modo crecieron juntos, es decir, tuvieron una infancia común, una juventud común, cuyo tiempo de fuerza viril coincidió parcialmente, los designamos como la misma generación” (Marías 1961:60)

Lo que sugiere Dilthey es que una generación se define sustancialmente por el hecho de que es un conjunto de personas que cohabitan en un tiempo en común, en el cual comparten un ethos y les identifica gracias a una condición de convergencia social, por lo mismo, ello los conduce a sentirse próximos en una multiplicidad de facetas de la existencia.

Hasta aquí algunas de las definiciones de Dilthey, ésta es más extensa, pero sería salir del marco teórico profundizar en demasía, ya que sólo lo empleamos para establecer los correspondientes contrastes con el discurso Orteguiano.

Para comprender en profundidad con grados de inteligibilidad creciente, lo que de verdad es una generación, hay que salir de estos marcos establecidos, hay que evitar caer en un mero genealogismo o hacer un reduccionismo sociológico del tema. Menos aun, hay que confundir la existencia de los sujetos con la realidad de una generación. Lo que hay que dejar insuficientemente esclarecido, es cuál es la interconexión entre masas e individuos o minorías. De aquí que urge hacer un ejercicio intelectual que permita descubrir con grados de clarividencia, las relaciones entre contemporaneidad de individuos y coetaneidad, hecho no menor a la hora de establecer un marco teórico válido. Con tal propósito, pasamos a explayarnos en la teoría de Ortega.

La Teoría Orteguiana de las Generaciones

Reuniendo las teorías pretéritas e incorporando la filosofía de Dilthey, Ortega y Gasset va a plantear su propia conjetura, allí incorpora lo descubierto por el pensador alemán, pero le suma su propia reflexión. Y, será en el texto "En torno a Galileo", en el cual expondrá su punto de vista, nos dice a modo de preludio: *"La realidad de la vida consiste, pues, no en lo que es para quien desde fuera la ve, sino en lo que es para quien desde dentro de ella la es, para el que se la va viviendo mientras y en tanto que la vive. De aquí que conocer otra vida que no es la nuestra obliga a intentar verla no desde nosotros, sino desde ella misma, desde el sujeto que la vive."*(Ortega y Gasset 1951:30)

Este párrafo es un buen modo de empezar, efectivamente, la vida es siempre interioridad, jamás desafecto del hombre consigo mismo. A cada instante, en el tráfigo de la existencia, cuando se camina por un parque, en compañía de los amigos, junto a la mujer amada, etc., nunca puede desvincularse el yo de la intimidad que es inherente al sujeto. Sí, lo que dicen los poetas e intelectuales coincide con esto, pues es muy veraz que se nace y se muere en la más absoluta intimidad, en un yoísmo que jamás abandona al ser. Esta forma de vivenciarse es tan enérgica, que cuesta sobremanera lograr la empatía requerida para ver la vida del otro pero desde el otro. El estar en la vida es tan consustancial a la persona como la historia, por esto ocuparse de ella no es una tarea menor. Si se pudiera establecer un campo semántico generacional adecuado, podríamos apreciar los puntos de inflexión de las distintas épocas. Ello es lo que trata de sugerir Ortega, cuando refiere que todo ente lleva consigo un afán de ser. En esta apetencia, cada generación va actualizándose a partir de su antecesora. De aquí que Ortega se expresa taxativamente en una conferencia a un grupo numeroso de estudiantes: (...) *"Y lo mismo diría, si en vez de estar aquí, estuviesen ustedes haciendo otra cosa en cualquier otro sitio. Siempre lo harían en virtud del mundo o universo en que creen, en que piensan. Sólo que en un caso como el concreto nuestro la cosa es aún más clara y literal; porque han venido muchos de ustedes a ver si oían algo nuevo sobre lo que es el mundo, a ver si juntos conmigo hacíamos un mundo un poco nuevo, aunque no sea más que en alguna de sus dimensiones, cuadrantes o provincias."*(Ortega y Gasset 1951:33)

Exactamente eso, las nuevas generaciones también son generadoras de universos, por eso es que tienen un permanente anhelo de revisar una y otra vez los supuestos bajo los cuales está cimentado el mundo que han heredado de sus precursores. En gran medida, al afirmar el madrileño que hay que generar mundos nuevos a partir de nueva sabiduría, entrecruzando los mundos paralelos, está reafirmando el valor de los eventos temporales. Aquí es donde aparece la historicidad, que tiene mucho que sumar a la discusión Si la historia fuera un mero relato de una sucesión de hechos, no cumpliría una finalidad principal para comprender el fenómeno, por el

contrario, pasaría a ser un escuálido aporte a la discusión de la problemática generacional, cumpliendo un rol subsidiario de otras disciplinas, Ortega no piensa lo mismo, dice: (...) *“He aquí, señores, por qué hay historia, por qué hay variación continua de las vidas humanas. Si seccionamos por cualquier fecha el pasado humano, hallamos siempre al hombre instalado en un mundo, como en una casa que se ha hecho para abrigarse. Ese mundo le asegura frente a ciertos problemas que le plantea la circunstancia, pero deja muchas aberturas problemáticas, muchos peligros sin resolver ni evitar. Su vida, el drama de su vida, tendrá un perfil distinto según sea la perspectiva de problemas, según sea la ecuación de seguridades e inquietudes que ese mundo represente.”*(Ortega y Gasset 1951:33).

Las vidas en los distintos periodos, siempre va supeditada a las creencias de cada tiempo (las que están insertas en la historicidad), ya que el hombre nace instalado en una serie de usos con los que tiene que convivir le guste o no. Sin embargo, como la estructura de lo humano no es estática, también ésta va modificándose a medida que las generaciones actuales en un tiempo X le incorporan nuevos matices, si no fuera así, la historia no avanzaría y viviríamos en un tiempo invariable, cosa que es imposible desde cualquier punto de vista. Por ello el pensador español tiene la certeza de que en cada tiempo existe una problemática distinta que sólo se hace comprensible desde su propia estructuración interna; como esto es incontrovertible, llegamos a la conclusión de que la historia se edifica según ciertas leyes, mismas que Ortega describe: (...) *“Esto nos permite formular dos principios fundamentales para la construcción de la historia: 1° El hombre constantemente hace mundo, forja horizonte. 2° Todo cambio del mundo, del horizonte, trae consigo un cambio en la estructura del drama vital. El sujeto psico—fisiológico que vive, el alma y el cuerpo del hombre puede no cambiar; no obstante, cambia su vida porque ha cambiado el mundo. Y el hombre no es su alma y su cuerpo, sino su vida, la figura de su problema vital.”*(Ortega y Gasset 1951:34)

Los hombres son y serán los mismos o casi los mismos (en aras de la evolución), lo que no permanece igual son sus circunstancias, y ellas, no pueden estar insertas en otro lugar, que no sea en un ciclo vital, este ciclo vital esta marcado por un tiempo en el que conviven las personas y se modifican sus circunstancias, cuando las condiciones que hacen posible la vida en comunidad se transforman. Por esto la historia es un fruto de esta fruición y de aquí su estimativa. Se objetará que hay periodos históricos que no registran grandes alteraciones, pero eso obedece a que sus estructuras más gravitantes no han sido modificadas por los acontecimientos, Ortega y Gasset dice: “Cuando las modificaciones que sufre el mundo en que creo no afectan a sus principales elementos constructivos y su perfil general queda intacto, el hombre no tiene la impresión de que ha cambiado el mundo, sino sólo de que ha cambiado algo en el mundo.”

Por ende, la historia tiene un rol que cumplir como herramienta que da cuenta de la serie total de acontecimientos que ocurren en el decurso de los siglos. Esto no es menor, se comprueba en este fragmento: (...) *“La historia no se ocupa sólo de tal vida individual; aun en el caso de que el historiador se proponga hacer una biografía, encuentra a la vida de su personaje trabada con las vidas de otros hombres, y la de éstos, a su vez, con otras; es decir, que cada vida está sumergida en una determinada circunstancia de una vida colectiva.”* (Ortega y Gasset 1951:35)

Por esto es tan relevante desentrañar el problema generacional, no obstante ello, a este respecto, hay que ir un poco más allá del filósofo. Convenimos en que la historia se ocupa de la vida colectiva que a su vez se imbrica con un contexto general, pero la vida individual aunada a personajes individuales de realce son los que estructuran la historia, de no creer en ello, desconoceríamos un tema central en esta investigación, a saber, lo singular como resorte de la historia del hombre. Las masas no son nada si no cuentan con una guía que las oriente. Existen circunstancias individuales y colectivas, pero las colectivas son la suma del consenso o disenso de las individuales. Quizás por eso Ortega dirá más adelante que: el espíritu del tiempo, las ideas de la época en su inmensa porción y mayoría están en mí, son las mías. El hombre, desde que nace, va absorbiendo las convicciones de su tiempo, es decir, va encontrándose en el mundo vigente. Pero que esté en un mundo imperante, no es un óbice para que no pueda emprender su propia

lectura de la realidad, generar a partir de la incorporación de los usos vigentes una nueva creencia, si no fuera así no existiría el cambio generacional.

Es a partir de este momento que Ortega emprende la tarea de definir propiamente una taxonomía de edades que es asertiva: (...) *“el hombre hasta los veinticinco años no hace más que aprender, recibir noticias sobre las cosas que le proporciona su contorno social —los maestros, el libro, la conversación. En esos años, pues, se entera de lo que es el mundo, topa con las facciones de ese mundo que encuentra ahí ya hecho. Pero ese mundo no es sino el sistema de convicciones vigentes en aquella fecha.”* (Ortega y Gasset 1951:36)

No obstante, como el hombre es un eterno inadaptado, siempre buscará en su tiempo modificar aquello que ha heredado para ajustarlo a su propia sensibilidad, el autor señala: (...) *“El joven se encuentra con este mundo a los veinticinco años y se lanza a vivir en él por su cuenta, esto es, a hacer también mundo. Pero como él medita sobre el mundo vigente, que es el de los hombres maduros de su tiempo, su tema, sus problemas, sus dudas son distintas de las que sintieron estos hombres maduros que en su juventud meditaron sobre el mundo de los hombres maduros de su tiempo, hoy ya muy ancianos, y así sucesivamente hacia atrás.”*

Lo que dice Ortega es de suyo cierto, el objeto de las reflexiones es distinto, pues los tiempo van constantemente modificando su fisonomía. A pesar de ello, siempre en cada tiempo coexisten tres en forma simultánea, los de 20, los de 45 y los de 60 y, cada uno de ellos con su propia visión del hoy. Ortega dice: (...) *“Pero esto significa que toda actualidad histórica, todo “hoy” envuelve en rigor tres tiempos distintos, tres “hoy” diferentes o, dicho de otra manera, que el presente es rico de tres grandes dimensiones vitales, las cuales conviven alojadas en él, quieran o no, trabadas unas con otras y, por fuerza, al ser diferentes, en esencial hostilidad. “Hoy” es para uno veinte años, para otros, cuarenta, para otros, sesenta; y eso, que siendo tres modos de vida tan distintos tengan que ser el mismo “hoy”, declara sobradamente el dinámico dramatismo, el conflicto y colisión que constituye el fondo de la materia histórica, de toda convivencia actual.”* (Ortega y Gasset 1951:37)

Para poder asir con estricta certeza la historicidad de las generaciones, es menester que se complementen las mentalidades, hecho que no está exento de fricciones, ya que son valimientos distintos, por perspectivas que se sitúan en un más próximo y más lejano, vale decir, que lo que le ocurre al joven, al hombre en la edad madura y al hombre proveyecto, tiene referentes axiológicos distantes en forma y contenido. En ningún modo son diametralmente opuestas las miradas – ya que toda verdad nueva lleva en su simiente un componente veritativo del cual la pretérita mirada de alguna manera es copartípe -, pero si diferenciadas. En la más intrínseca contradicción, se generan nuevos universos. Ortega refiere: (...) *“Todos somos contemporáneos, vivimos en el mismo tiempo y atmósfera —en el mismo mundo—, pero contribuimos a formarlos de modo diferente. Sólo se coincide con los coetáneos. Los contemporáneos no son coetáneos: urge distinguir en historia entre coetaneidad y contemporaneidad. Alojados en un mismo tiempo externo y cronológico, conviven tres tiempos vitales distintos. Esto es lo que suelo llamar el anacronismo esencial de la historia. Merced a ese desequilibrio interior se mueve, cambia, rueda, fluye. Si todos los contemporáneos fuésemos coetáneos, la historia se detendría anquilosada, putrefacta, en un gesto definitivo, sin posibilidad de innovación radical ninguna.”* (Ortega y Gasset 1951:38)

Esto es tan cierto, que si echamos un vistazo a nuestra propia época, se comprueba que a pesar que convivimos con grupos de distintas edades, nos sentimos más cercanos con aquellos conjuntos que comparten un sentimiento similar y nos distanciamos cuando interactuando con otro grupo, descubrimos que es imposible compartir la misma emotividad, el mismo palpito, la misma cadencia y ritmo. Si se hace un ejercicio mental, no es la misma mirada vital la de un hombre que en la década del sesenta tenía treinta años y ejercía una profesión universitaria, que la de un profesional con la misma edad en la década de los noventa en la misma actividad, ya que ninguno de los dos se siente copartípe del mundo del otro, pueden tener escalas de valores y referentes morales similares en cuanto a ciertas tesituras de orden universal, pero discreparán en cuanto a las consideraciones que cada uno guarda del mundo que correspondientemente le ha tocado vivir. O

sea, y para que se haga inteligible, el concepto de mundo no será igual para un hombre de los noventa que para uno de sesenta. Y ello porque, si bien la historia enseña escalas de valores como guías para el obrar futuro, no puede obligar a aceptar sin más las escalas de valores vigentes de antaño. Ortega sentencia: (...) *... que si toda generación tiene una dimensión en el tiempo histórico, es decir, en la melodía de las generaciones humanas, viene justamente después de tal otra —como la nota de una canción suena según sonase la anterior—; 2º, que tiene también una dimensión en el espacio. En cada fecha el círculo de convivencia humana es más o menos amplio. En los comienzos de la Edad Media, los territorios que habían convivido en contacto histórico durante el buen tiempo del Imperio romano quedan, por muy curiosas causas, disociados, sumergido y absorto cada cual en sí mismo. Es una época de multiplicidad dispersa y discontinua. Casi cada gleba vive sola consigo. Por eso se produce una maravillosa diversidad de modos humanos que dio origen a las nacionalidades. Durante el Imperio, en cambio, se convive desde la frontera india hasta Lisboa, Inglaterra y la línea transrenana.*” (Ortega y Gasset 1951:38)

Interpretando el texto Orteguiano, se infiere que solamente hay multiplicidad de apreciaciones generacionales, en la justa medida en que los distintos grupos territoriales se desconectan unos de otros por razones ya sea geopolíticas, territoriales, religiosas, sociológicas, antropológicas o de índole cultural. No se puede pedir que un bosquimano viva en una civilización como la occidental, pero si se puede afirmar que el mecanismo que regula y conecta a las distintas generaciones opera de modo similar. Por esto es que el alcance del español es tan apodíctico. Da lo mismo si las generaciones son de cualquier latitud, todas ellas se relacionan de un modo semejante. Así es como se cae en la cuenta de que hay generaciones cerradas sobre si mismas y otras más abiertas, las primeras existen invaginadas (vueltas hacia si) en sus contornos y las segundas están revestidas de un carácter centrífugo, lo que las lleva a interactuar con otras culturas. El siguiente párrafo es poético para describir el intercambio generacional.

(...) *“Alguna vez he representado a la generación como “una caravana dentro de la cual va el hombre prisionero, pero a la vez secretamente voluntario y satisfecho. Va en ella fiel a los poetas de su edad, a las ideas políticas de su tiempo, al tipo de mujer triunfante en su mocedad y hasta al modo de andar usado a los veinticinco años. De cuando en cuando se ve pasar otra caravana con su raro perfil extranjero: es la otra generación. Tal vez en un día festival la orgía mezcla a ambas, pero a la hora de vivir la existencia normal, la caótica fusión se disgrega en los dos grupos verdaderamente orgánicos. Cada individuo reconoce misteriosamente a los demás de su colectividad, como las hormigas de cada hormiguero se distinguen por una peculiar adoración. El descubrimiento de que estamos fatalmente adscritos a un cierto grupo de edad y a un estilo de vida es una de las experiencias melancólicas que, antes o después, todo hombre sensible llega a hacer.”* (Ortega y Gasset 1951:39)

A esta perspectiva, se le ha querido objetar que a cada minuto nacen personas, por tanto, es inoficioso hablar de generaciones. Pero, para comprender el aporte del pensador hispano, hay que situarse en el contexto de su pensamiento. Si las generaciones fueran una fantasía fruto de mentes metafísicas, no se apreciarían los correlatos que su existencia comporta. Se habla de la generación del 98, de la generación de los 60, de la generación de los 90, de condición post-moderna o como quiera que se le designe, pero cabe preguntarse: ¿podría hablarse de post-modernidad si no existiese una condición de posibilidad para que ello ocurriese? Nos sentimos inclinados a negarnos categóricamente a tal colofón. A través de toda la historia de la humanidad, han existido personas que se han identificado con un *Ethos* que les hace sentirse próximos y que vale para ese tiempo y esa era. No solo hay una identidad de valores, además hay una identificación general que va acorde con todos los aspectos de la vida. Por ejemplo, en el primer cuarto del siglo XX, el mundo europeo se sentía plenamente identificado con los modelos políticos emergentes (marxismo, fascismo), ya que el gastado liberalismo no respondía a los requerimientos de las masas, y esto, era completamente independiente de la cantidad de personas que hayan nacido en ese tramo del decurso histórico. Siempre hay periodos en el transcurso temporal, que marcan un siglo, muchos registros historiográficos así lo demuestran. Como recuerda Ortega: (...) *“Aunque parezca mentira se ha pretendido una y otra vez rechazar a limine* el método de las generaciones oponiendo la ingeniosa observación de que todos los días nacen hombres y, por*

tanto, sólo los que nacen en el mismo día tendrían, en rigor, la misma edad; por tanto, que la generación es un fantasma, un concepto arbitrario que no representa una realidad, que antes bien, si lo usamos, tapa y deforma la realidad. La historia necesita de una peculiar exactitud, precisamente la exactitud histórica, que no es la matemática, y cuando se quiere suplantar aquélla con ésta se cae en errores como el de esta objeción que podía muy bien haber extremado más las cosas reclamando el nombre de coetáneos exclusivamente para los nacidos en una misma hora o en un mismo minuto”.”(Ortega y Gasset 1951:340)

Es un error querer analizar la vida como si fuera una categoría matemática, ella se resiste a ser catalogada bajo nociones y guarismos, pues por su naturaleza está afecta a manifestaciones que escapan a cualquier delimitación. Ninguna persona es joven o vieja de un año para otro, se convive en un espacio generacional una cantidad de años y esa es la base constitutiva de una generación. De esto se desprende para Ortega que la mayoría de los autores han establecido que en cada generación hay tres o cuatro grupos. Ya no es como en los tiempos de las civilizaciones clásicas; en que en cada generación podían existir hasta siete clases distintas (como en el caso de los Pitagóricos), ni como en la antigua Esparta, en la que las leyes y el orden civil y jurídico en general, estaba administrado por la gerusía, que era un consejo de ancianos de sesenta años para arriba.

Sin embargo, es imperioso ir un poco más allá, ya que para comprender una época y cómo influye una generación en ella, se hace necesario definir el concepto de crisis; que no es otra cosa que la carencia de convicciones. Sólo cuando las explicaciones a un fenómeno social y vital dejan de ser válidas, es que aparecen los tiempos de crisis históricas. Un ejemplo de ello es el caso de la gran depresión de 1929. El mundo occidental con toda su hegemonía económica, no pudo evitar que millones de seres humanos -tanto en Europa como en Estados Unidos y varios otros lugares del mundo- vieran seriamente conculcada la reproducción de su existencia material. Se podrán dar variadas explicaciones, pero el hecho es que se produjo un quiebre importante que obró de manera tal, que muchos de los supuestos del mundo civilizado quedaron periclitados e instigó severos cambios en todo orden de cosas. Como dirá Ortega, algo acaeció con la “*sensibilidad vital*”: (...) “*No; el cuerpo de la realidad histórica posee una anatomía perfectamente jerarquizada, un orden de subordinación, de dependencia entre las diversas clases de hechos. Así, las transformaciones de orden industrial o político son poco profundas; dependen de las ideas, de las preferencias morales y estéticas que tengan los contemporáneos. Pero a su vez, ideología, gusto y moralidad no son más que consecuencias o especificaciones de la sensación radical ante la vida, de cómo se sienta la existencia en su integridad indiferenciada. Esta que llamaremos “sensibilidad vital” es el fenómeno primario en historia y lo primero que habríamos de definir para comprender una época.*”(Ortega y Gasset 1983:146)

La cita en cuestión se presta a polémica, afirmar que las transformaciones de orden industrial o político no sean gravitantes en una sociedad pareciera un tanto temerario, no sin embargo, el filósofo quiere que el lector hile más fino, por ello recurre a la suspicacia del lector, haciendo referencia a la estética y la moral de una época que subyace a todo desarrollo material. De aquí que, para que esta sensibilidad vital se vea conculcada, no basta con que afecte a unos pocos individuos, tiene que ser la conjunción de los distintos estratos sociales los que se vean involucrados. Pues bien, Ortega reflexiona: (...) “*Una generación no es un puñado de hombres egregios, ni simplemente una masa: es como un nuevo cuerpo social íntegro, con su minoría selecta y su muchedumbre, que ha sido lanzado sobre el ámbito de la existencia con una trayectoria vital determinada. La generación, compromiso dinámico entre masa e individuo, es el concepto más importante de la historia, y, por decirlo así, el gozne sobre que ésta ejecuta sus movimiento.*”(Ortega y Gasset 1983:147)

Una vez que se ha instalado una nueva generación, no solo varían las modas y las formas no sociales, también los usos se modifican. Estos no son menores, están a la base de toda organización identitaria de las naciones, grupos o etnias, como dice Jorge Acevedo: “Los usos sociales posibilitan que tengamos, en grado, un trato expedito con los hombres que no nos son cercanos. Por otra parte, impiden que cada hombre – o cada generación – inaugure la historia de la

humanidad, partiendo desde cero; antes bien, nos ponen en cierto nivel histórico – el que corresponde a las fechas en las que vivimos – desde el cual seguir avanzando.”(Acevedo 1994:179)

Para que la nueva generación pueda engancharse con la sensibilidad vital de una época precedente, debe auxiliarse de los usos vigentes, de lo contrario, se hace imposible cualquier emotividad y cercanía generacional, la que debe partir del sujeto individual. Por ello, Ortega recuerda que no es si no alrededor de los 26 años que este proceso está ya consolidado, al menos en su primera fase, como indica Noé Massó: (...) *“Los veintiséis años son, según Ortega, el momento en que el pensador deja de ser receptivo, acoge su propia espontaneidad y se hace cargo de sus ideas germinales. Sorprende tal rigor al abordar una sustancia imprecisa como la vida humana. Ortega es consciente de ello, pero no da razón ni explicación: en su insistencia tan sólo restringe el alcance de la afirmación a los “pensadores” o “intelectuales”, admite cierta “holgura” en la edad y nos remite a su propia experiencia o al análisis empírico.”*

A pesar de esto, siempre existe la posibilidad de extraviarse por los meandros del sentido, y cada generación construye sus propias hipótesis, eleva sus propios castillos, crea imaginariamente referidos. Lo dual es connatural a los referentes simbólicos de lo humano, no hay historicidad sin dialéctica. Tesis, antítesis, síntesis, tres estadios mediante los cuales avanza la humanidad. Lo agonal, siempre presente en las manifestaciones del sujeto histórico. Citamos: (...) *“Para cada generación, vivir es, pues, una faena de dos dimensiones, una de las cuales consiste en recibir lo vivido —ideas, valoraciones, instituciones, etc.— por la antecedente; la otra, dejar fluir su propia espontaneidad. Su actitud no puede ser la misma ante lo propio que ante lo recibido. Lo hecho por otros, ejecutado, perfecto, en el sentido de concluso, se adelanta hacia nosotros con una unción particular: aparece como consagrado, y, puesto que no lo hemos labrado nosotros, tendemos a creer que no ha sido obra de nadie, sino que es la realidad misma. Hay un momento en que las ideas de nuestros maestros no nos parecen opiniones de unos hombres determinados, sino la verdad misma, anónimamente descendida sobre la tierra.”*(Ortega y Gasset 1983:149)

Es fácil ver que la descripción Orteguiana busca no dejar nada fuera del análisis, en este propósito avanza un poco más y refiere que: (...) *“Ha habido generaciones que sintieron una suficiente homogeneidad entre lo recibido y lo propio. Entonces se vive en épocas cumulativas. Otras veces han sentido una profunda heterogeneidad entre ambos elementos, y sobrevinieron épocas eliminatorias y polémicas, generaciones de combate. En las primeras, los nuevos jóvenes, solidarizados con los viejos, se supeditan a ellos: en la política, en la ciencia, en las artes siguen dirigiendo los ancianos. Son tiempos de viejos. En las segundas, como no se trata de conservar y acumular, sino de arrumbar y sustituir, los viejos quedan barridos por los mozos. Son tiempos de jóvenes, edades de iniciación y beligerancia constructiva”*(Ortega y Gasset 1983:149)

Siguiendo la idea de la cita, es posible establecer rangos comparativos, por ejemplo; en la Grecia antigua, lo *agonal* era descrito como la lucha en la cual se veían involucrados los distintos actores sociales; sin embargo, esta contienda no era física sino intelectual, deportiva. El objetivo que perseguía semejante ejercicio, era generar nuevos universos imaginarios o simbólicos que condujesen al mundo de la *polis* a un perfeccionamiento en todos sus ámbitos (épocas cumulativas). En esto debe haber pensado Ortega cuando caviló este párrafo anterior. ¿Es lícito decir lo mismo en los tiempos contemporáneos? No, hoy los tiempos generacionales son beligerantes, si esto se extrapola al campo de las ciencias históricas, se vislumbra que, indudablemente la historiografía ha escrito muchos manuales, pero la historiología lo ha olvidado como una pieza de museo producto de tiempos más románticos. Pareciera que los periodos en los que se existe ya no encuadran en los marcos que Ortega y sus coetáneos le habían demarcado, pues la realidad ha superado la imaginación; los estudiosos de los últimos decenios se han confrontado con una coyuntura anómala, que se resiste a ser inspeccionada con las categorías pasadas. Hasta el fin del existencialismo el mundo conocido era auscultable, con el advenimiento

del estructuralismo*, la semiótica** y la lingüística***, todo se ha vuelto difuso. Ni siquiera la corriente post-moderna puede dar cuenta del fenómeno anómalo que acaece. Ya lo refiere Baudrillard: (...) *“De ahí la histeria característica de nuestro tiempo: la de la producción y reproducción de lo real. La otra producción, la de valores y mercancías, la de las buenas épocas de la economía política, carece de sentido propio desde hace mucho tiempo. Aquello que toda una sociedad busca al continuar produciendo, y superproduciendo, es resucitar lo real que se le escapa. Por eso, tal producción «material» se convierte hoy en hiperreal. Retiene todos los rasgos y discursos de la producción tradicional, pero no es más que una metáfora.”*(Baudrillard 1978:149 ss)

¿Estamos autorizados a efectuar una analítica de las generaciones hoy en día? Nos sentimos poco optimistas, porque si la cultura ha devenido un simulacro*, ¿a qué debemos atenernos? Hay que recordar que el simulacro es el fantasma del que hablaban los griegos, el que hace el gesto, el mimo, pero que no es. Actualmente, los tiempos están tan entreverados que no hay un único camino para abordar la realidad, tampoco hay varios –como antaño- lo que hay es un paisaje surrealista, los contornos no se ven, el sujeto está en el país de Alicia. Quizás, una de las pocas esferas que avanzan hacia nuevos horizontes es la cibernética, las ciencias sociales no han progresado en términos estrictos, sólo han obrado una réplica simulada de todo lo que se había hecho. Y, allí radica el gran problema. Falta recoger lo mejor del pretérito pero con imaginación y ella escasea en los tiempos actuales. Hoy, hay una generación que no ha heredado lo mejor, porque su antecesora se dejó seducir por las candilejas que el poder construyó para someterlas. La post-modernidad es casi una escatología de un mundo dominado por las superestructuras de poder. Ya no son los tiempos en los que el poder tenía un rostro, ahora son corporaciones, holdings, asociaciones mundiales como el G-8, los que imponen las condiciones bajo las cuales deben regirse las masas. Como lo afirmara Lyotard en su conocido estudio de la condición post-moderna: (...) *“Digamos, para ser breves, que las funciones de regulación y, por tanto, de reproducción, se les quitan y se les quitarán más y más a los administradores y serán confiadas a autómatas. La cuestión principal se convierte y se convertirá más aún en poder disponer de las informaciones que estos últimos deberán tener memorizadas con objeto de que se tomen las decisiones adecuadas. La disposición de las informaciones es y será más competencia de expertos de todos los tipos. La clase dirigente es y será cada vez más la de los «decididores». Deja de estar constituida por la clase política tradicional, para pasar a ser una base formada por jefes de empresa, altos funcionarios, dirigentes de los grandes organismos profesionales, sindicales, políticos, confesionales.”*(Lyotard 1991:15)

Actualmente, es muy complejo aplicar las categorías del pasado para analizar la realidad del presente, si Ortega hubiera vivido en el reciente fin de siglo, su perspectiva habría sido otra. Hay muchos factores tales como la tecnología hiper-desarrollada, la cibernética, los grandes ejes de poder, la evolución de las masas, la mala fe o la globalización con el avance indiscriminado en los diversos modos de intercambio –por mencionar algunos- que están interviniendo. Por lo mismo, resulta complejo efectuar una posible interpretación, carecemos del genio del filósofo, sin embargo, lo que sí es posible, es estar completamente seguros, de que su marcado carácter humanista habría prevalecido, pues el hombre podrá contar a su disposición con profusas herramientas tecnológicas, pero detrás de todo ese disfraz con el que se ha enmascarado, sigue estando el hombre desnudo, sigue estando ese hombre que padece y ríe como el primer Adán en el paraíso.

* Estructuralismo: En la historia de la filosofía entendemos por estructuralismo aquella corriente metodológica contemporánea que ha marcado profundamente la orientación de las ciencias sociales y otros ámbitos de la cultura, y que ha tenido especial importancia, durante los años sesenta y setenta del siglo XX, en la orientación de la lingüística, la etnología, la filosofía de la historia, la crítica literaria y la sociología, y ha sido un intento de dotar a las ciencias del hombre de un método científico propio, distinto del de las ciencias empíricas. El núcleo teórico de esta corriente de pensamiento está definido por la noción de estructura, y surge como un rechazo de las orientaciones de carácter historicista y subjetivista, a la vez que se enmarca en el contexto del estudio del estatus epistemológico de las ciencias sociales.

CONCLUSIÓN

Para concluir, es atinente hacer referencia a los tiempos actuales, en los cuales el choque generacional se ha hecho más patente y conflictivo que nunca, las nuevas generaciones, más osadas e irreverentes que sus antecedentes, han surgido con fuerza descomunal, pero sin la capacidad de asimilación del conocimiento necesario para llegar a ser moralmente elevadas, y a este respecto el futuro es poco halagüeño. Sin querer apartarnos a la responsabilidad que a todos nos toca por dicha contingencia, urge afirmar que algunas de las causas de tal desconcierto, obedece al auge de la cibernética, las comunicaciones y el progreso material en general (por mencionar algunos), los que han llevado a que las noveles formas de relaciones sociales generacionales, se vean disminuidas y carentes de profundidad con relación a sus pares antecedentes. Son muchos los factores que influyen en ello, pero baste con enunciar lo dicho precedentemente a modo de epitafio.

Elucidar las variantes que pueda generar el pensamiento de Ortega a este respecto, es un trabajo para futuros investigadores del tema, sólo se ha querido levantar una interrogación sobre la argumentativa planteada por él.

REFERENCIAS

Ferrater Mora José., 1999 *Diccionario de Filosofía*. Ariel, Barcelona, Volumen II

Marías Julián., 1961 *El método histórico de las Generaciones.*, Revista de Occidente, Madrid.

Ortega y Gasset José, 1951 *En torno a Galileo*, Obras completas Revista de Occidente Vol V

Ortega y Gasset José, 1983 *El tema de nuestro tiempo* Alianza Editorial / Revista de Occidente, Madrid.

Acevedo Jorge., 1994 *La sociedad como Proyecto en la perspectiva de Ortega* Editorial Universitaria, Santiago de Chile.

Baudrillard Jean., 1978 *Cultura y simulacro* Cairos, Editorial Barcelona Madrid.

Lyotard Jean François, 1991 *La Condición Postmoderna* Editorial REI Buenos Aires, Argentina

Massó Lago Noé., *En torno a los 26 años de Ortega y Gasset Una cronología Viviente* En: <http://www.ortegaygasset.edu/circunstancia/numero6/art7.htm>